

LA VOZ DEL TÓRMES.

REVISTA SEMANAL CIENTÍFICO-LITERARIA.

DIRECTOR

D. FERNANDO ARAUJO GOMEZ.

REDACTORES

D. MATIAS PASTOR Y GARCIA.—D. TEODORO RODRIGUEZ DE LA TORRE.

COLABORADORES

García del Canto (D.ª Josefa).	Arés y Sanz (D. Mariano).	García del Canto (D. Antonio).	Segovia y Corrales (D. Alberto).
Príncipe de Llácer (D.ª Clotilde Aurora).	Castelar (D. Emilio).	García Martín (D. Lucas).	Villar y Macías (D. José).
Tartilán (D.ª Sofía).	Castro y Valdivia (D. Gonzalo de Doncel y Ordaz (D. Domingo).	Gil Robles (D. Enrique).	Villar y Macías (D. Manuel).
		Navarro Izquierdo (D. Luciano).	

PRECIO DE SUSCRICION.

Salamanca, un mes.	3 reales.
Fuera.	4
Tres meses.	10

Extranjero y Ultramar, seis meses. 40 reales.
Pago adelantado.
Redaccion y Administracion Patio de Escuelas, 4.
Toda la correspondencia se dirigirá á la Administracion.
No se devuelven los escritos.

SUMARIO.

El Egoismo, por Fernando Araujo.—«*La noche oscura de los tiempos*», por Fernando Araujo.—*El amor, el placer y la gloria*, novela (continuacion), por Fernando Araujo.—*El amor*, poesía, por Fernando Araujo.—*El llanto*, poesía, por T. R. de la Torre.—Epigrama, por T. R. de la Torre.—Pensamientos, por M. Pastor.—Variedades.

Á MI QUERIDO AMIGO
MATÍAS PASTOR GARCIA.

EL EGOISMO.

I.

El hombre nace... es Adan; mira en su derredor y ve la planta que alza sus frutos hasta su boca y le nutre, el débil cervatillo que se ofrece en holocausto para saciar su apetito, la fuente murmuradora que viene á depositar á sus plantas un hilo cristalino para apagar su sed.

Ve alzarse en el Oriente el destello magnífico del astro del dia para alumbrar sus pasos; pero el sol caliente demasiado, Adan lo siente y no léjos de sí mira erguida la esbelta palmera ó la frondosa encina que le ofrecen un abrigo protector.

El hombre nace... es Adan; mira en su derredor y ve al rey de las selvas, dando terribles rugidos, amenazar un pacífico rebaño; quiere evitarlo, habla, y á su acento omnipotente calla el leon, inclina la cabeza y viene sumiso á postrarse á sus piés; y un dia Adan miró descender del cielo blancos copos de nieve que se amontonaron en su derredor; aquel era un magnífico espec-

táculo, pero el frio helaba los miembros de Adan, y pronto vió á la oveja tranquila, al laborioso gusano de seda y á la gamuza correr ansiosas á su encuentro tributándole sus lanas, sus sedas y sus pieles para resguardarle de la temperatura.

Todo esto es grandioso, sublime: Adan debe estar orgullo de ser quien es; todo el mundo está hecho para él, todo le venera, le sirve, le suplica; ¿por qué no se ha de creer tanto como Dios? cómo ha de rechazar los halagos de la serpiente? Sí, él es un Dios, debe erigirse un altar en su pecho y alzarse plegarias fervorosas; no debe pensar más que en él porque todo en él piensa y él es algo del todo que le adora; Adan debió ser egoista y lo fué. ¡Dios le perdone como nosotros le perdonamos!

Hoy el hombre no es Adan; si domina á la naturaleza con un solo gesto es á fuerza de trabajo, de penas y de sacrificios; y aun así y todo, cuando la naturaleza puede quebrantar las cadenas que el hombre la ha puesto, las rompe, y se emancipa, y se venga en su señor, hasta que éste puede volver á dominarla; pero ¡ay! que aun sin ser Adan el hombre de ahora de nada le ha servido el ejemplo de su predecesor, y sigue siendo egoista, y sigue alzando estatuas á su imágen, y persiste en adorar su sér, ¡Plegue al cielo que reconozca su error y sea al fin dueño de sus pasiones él que se cree señor de todo! Confíemos en ello, esperemos que la marcha de la civilizacion, que nos lleva á pasos agigantados por el camino del progreso, consiga llevar á feliz término al hombre para que alcance en el árbol de la dicha el ideal de la humanidad y cubriéndose con él arroje para siempre ese mísero vestido de pasiones bastardas!

II.

¿Qué es el egoísmo? Es la negación de la belleza, de la verdad, del bien que no sean propios; es una lucha inconcebible en la que alcanza el triunfo una individualidad sobre todas las individualidades; es toda la humanidad, el mundo todo, el cielo todo y todo el universo absorbido por el hombre, concentrado en él; es un culto monstruoso que nos hace adorarnos como á dioses; una tiranía que pesa sobre todo; es una personalidad que quiere ser todas las personalidades, un espíritu que absorbe todos los espíritus; el hombre convertido en Dios, y Dios hecho hombre ó ménos que hombre.

El egoísta es un sér temible para la sociedad; profesando la máxima *«primò mihi, secundò mihi, semper mihi,»* trastornará por cuantos medios le sugiera el orden social para ocupar el primer puesto y entronizar, no una idea, no un principio, ni ménos un sistema, sino únicamente su persona, su voluntad, su capricho. La Rochefoucauld dice hablando de estos seres: «Su pasión los hace idólatras de sí mismos y los convertirá en tiranos de los demás si la fortuna les proporciona medios para ello;» y Chamfort exclama con no ménos energía: «por poder freir un huevo quemará un egoísta vuestra casa.»

El egoísmo es el asiento de todas las malas pasiones, y aun estas mismas no son sino formas distintas con que se reviste el egoísmo; todos los vicios pueden referirse á él. La envidia no es sino un camino torcido que sigue el egoísmo, pues el envidioso, al vituperar á los demás, ó al ambicionar los bienes de otro, no hace sino buscar su propio bien á costa del prójimo. ¿Qué es el orgullo sino un egoísmo disfrazado? El egoísmo también, bajo el nombre de ambición ó de afán de gloria, es el que ha derrocado tantos imperios; el que ha fundado sobre las ruinas de los pueblos el laurel del vencedor; se ha vestido con otro nombre más pomposo, ménos repugnante; y al vestir la púrpura del Emperador, al arrastrar tras su carro de triunfo al Rey vencido se halla tan desconocido que ha engañado al pueblo que le saluda y victorea; pero fíjese una mirada atenta en él, explórese con cuidado y pronto se verá reaparecer bajo el manto triunfal que le cubre su bastarda intención, y entre las hojas del laurel que coronan su frente se verá gotear la sangre del vencido que le denuncia.

El egoísmo, dice Tiberghien, es el defecto de los que consideran su propio bienestar como el objeto más digno de su atención, de su inclinación y voluntad, y relacionan al suyo todo otro bien. El egoísta solo se estima á sí mismo: se hace el centro de la creación y sacrifica despiadadamente á su satisfacción personal el bien de todos los seres que están sobre, al lado ó debajo de él. Desconoce de este modo sus verdaderas re-

laciones con Dios, con el mundo, con sus semejantes y con el conjunto de todos los seres.

«El egoísmo, continúa el docto Rector de la Universidad libre de Bruselas, es la fuente de todas las afecciones interesadas y malévolas que, bajo el nombre de pasiones, tienden á invadir el corazón y avasallar la voluntad.»

El egoísta no estará conforme si no ha invadido todos los órdenes del universo; hará sentir su insoportable yugo en todas las esferas sociales: aquí, político, le vereis hacerse fuerte en el principio de autoridad y pretender á su amparo erigir en ley el despotismo; en otra parte le vereis, conquistador, someter á su poder los pueblos libres y hacer derramar por una pretendida gloria la sangre de sus leales vasallos; aquí le vereis esconderse tras la rueda del progreso, y haciendo alarde de paladin de la civilización precipitar las revoluciones, haciéndolas sangrientas por no aguardar con paciencia su venida pacífica; una vez terminada la revolución y ocupado por él el primer puesto le vereis arrojar la máscara y hacerse tirano, porque está en la masa de su sangre la tiranía; en otra ocasión podreis verle dentro de la filosofía tratando de fundar un sistema nuevo y exclusivo, porque solo él cabe en su pensamiento; si su sistema no es aceptado, él empleará todos los medios posibles para persuadirse de que solo la envidia y la calumnia han batido su teoría; en su condición privada le encontrareis voluntarioso, exigente, inaguantable; nada dirá sin poner delante su personalidad, y no estará tranquilo si no se ocupan de él siempre y siempre para alabarle.

No comprende, no quiere comprender, no es posible que comprenda, él que se finge en su fantasía ser el centro de donde irradia toda la naturaleza, toda la verdad y todo el bien, la inmensa trascendencia del pensamiento del cómico latino: *«Nemo sibi nascitur.»* Plauto al hablar así encerró en esas tres palabras el mayor anatema del egoísmo; nadie nace para sí. ¿Y es posible que haya una inteligencia tan apocada que no comprenda esta verdad? ¿Y es posible que un hombre, porque es hombre el egoísta, llegue á imaginarse por un momento que es el centro de la creación; que él de nadie necesita y todos necesitan de él, de él que niño ha necesitado los cuidados más exquisitos para vivir, joven los más asíduos trabajos para saber, y viejo las penas más tristes y las mayores congojas para adquirir un pedazo de experiencia y arrastrarse hasta el sepulcro? No, no es posible; él lo sabe, él no ignora todo esto, y solo por una monstruosa aberración puede fingir que no lo conoce; solo una mala dirección de su actividad puede conducirle por tortuoso camino; solo un singular desequilibrio de sus facultades puede arrastrarle á la prosecución de un falso ideal. ¡Anatematizemos al egoísmo, pero compadezcamos al egoísta!

La locura, dice Mme. Staël, es frecuentemente un

egoismo impetuoso. No pretendo llevar hasta el fin esta afirmacion de la ilustre escritora, pero no seria difícil su demostracion. Consúltese la estadística de los desgraciados moradores de los manicomios y véase si una de las causas morales determinantes más frecuentemente de la locura no es el egoismo; escúchese á esos fingidos monarcas, á esos opulentos príncipes, á esos sábios sin igual cuyos Estados, riquezas y saber solo existen en su fantasía, y analizando con sana crítica los desvaríos de su imaginacion se vendria á parar seguramente á la conclusion de que esos locos son más que locos egoistas, egoistas locos. En ellos se puede estudiar perfectamente todo un curso de egoismo; allí se encuentra esta pasion revisiendo todos sus trajes, brillando en todos sus matices, expresada en todas sus manifestaciones, cubierta de todas formas.

Ved ese hombre paseando con altanero gesto, con ademan ridículo, lanzando miradas que quiere hacer imponentes; escuchadle... es un loco. ¡Romanos! exclama, preparadme el gran triunfo, *veni, vidi, vici*; quiero que estas palabras se escriban con letras de oro en el Capitolio. ¡Senadores! mientras vosotros estais sumergidos en las delicias de Cápua yo expongo mi vida por la salvacion de la patria, y he conseguido hacer el mundo vuestro... vuestro, romanos, pero Roma es mia; *veni, vidi, vici*.

Pobre loco, solo le oyen las paredes y su Senado está en su fantasía, se figura César... ¡Compadezcámosle! su egoismo le ha sepultado en el manicomio. Mas allí viene otro; trae las manos atadas, su locura es más terrible; escuchemos.

—¡Muera el tirano! prorrumpe furioso ¡patriotas! ¿Qué se ha hecho de vuestra sangre? teneis horchata en las venas. ¿Dónde están vuestras promesas? un soplo de viento se las ha llevado. ¿Dónde está vuestro valor? solo el ruido de un cañon os ha hecho retroceder, ¡malditos seais! Me veis á mí, vuestro padre, humillado y envilecido; sudais sangre para pagar al déspota; entregais á la infamia vuestras hijas y esposas y no se os rompe el corazon... ¡Malditos! ¡malditos!...

Aquí está un revolucionario: se disfraza con este nombre... pero no, no le creais; el egoismo tiene muchos caminos, y este loco habia escogido el de la libertad para ser despues un tirano más abominable que los que maldice: bien dirigido hubiera sido útil á la patria, abandonado á su egoismo y libre la hubiera sumido en los horrores de la guerra civil, y solo un manicomio puede servirle de albergue para curar su pasion. Pero ¡silencio! que allá por la oscura galería viene un hombre pensativo con la frente sobre la mano. Oigámosle.

—Todo, todo se conjura contra mí, dice. Despues de haber sentado mi crédito en firme base mis enemigos quieren derrocarme; mi sistema es magnífico, mi teoría lo abarca todo y hace brillar la verdad en todas las esferas: esto es indiscutible; y sin embargo, ¡error

insufrible! mis enemigos han formado una sociedad contra mí, y á fuerza de oro y de calumnias hacen entrar en ella á todos los Gobiernos y ciudadanos de Europa y hasta de América para que proscriban mi sistema por inmoral y ridículo... ¡oh temporal! ¡oh mores! pero yo los venceré, no hay duda.

Basta, basta ya; pudiera seguir citando ejemplos que, por lo demás, hartos sabidos son de todos y cualquiera puede cerciorarse de ellos, pero no quiero hacerme prolijo, pues con lo dicho basta para el objeto que me proponia.

Sí, tenia razon Mme. Staël: la locura es un egoismo contrariado por la insuficiencia de elementos para conseguir su fin; esta insuficiencia, que ya nace de uno mismo por la carencia de riquezas, de una posicion social ó de una inteligencia privilegiada, ó ya de lo exterior, es lo que determina la explosion del egoismo en la locura por la lucha incesante que tiene que sostener el egoista con sus medios de accion; ella puebla los manicomios.

Cosa fuera de toda duda es que de un loco á un génio no hay más que un paso: en efecto, ¿qué diferencia existe entre el César verdadero y el César loco, entre el Robespierre de la revolucion y el de la casa de dementes, entre el Schopenhauer ó el Wagner de Alemania y el del manicomio español? Ninguna apenas; quítese al primero su posicion social, su época ó sus riquezas, al segundo su fortuna y su tiempo, á los terceros su talento, ó, en fin, désele á los César, Robespierre y Wagner fingidos los medios de accion de los verdaderos y podrá verificarse el cambio sin gran trabajo, y los admirados génios ocuparán la casa de locos y éstos serán los génios admirados.

III.

Pero ahora que conocemos bien el egoismo, que sabemos á fondo sus tendencias ¿no es justo preguntar que de dónde viene, quién le crea y por qué medios vive? Procuremos satisfacer estas preguntas y pronto ventilaremos la cuestion de si el egoismo debe desaparecer por completo.

El egoismo es un mal, un mal grave supuesto que contiene en gérmen todos los demás vicios, y no siendo el mal inherente á nuestra naturaleza, no existiendo el mal por sí, sino como negacion del bien, el egoismo no es innato, no está en la masa de nuestra sangre, sino fuera de nosotros; poco á poco nos atraen sus halagos y sin darnos cuenta de ello dejamos que filtre su ponzoña en nuestras venas, hasta que una vez dueño de nosotros, deja las consideraciones á un lado y manda como señor.

Entre las diversas relaciones que tiene el yo con lo que le rodea ¿cuál puede ser la que obrando en su espíritu de un modo particular produce el nacimiento de

egoísmo? Meditemos y la meditacion nos dará la clave del enigma.

Sorprendamos al niño en el momento de nacer, ¿qué vemos en él? Un ser débil que no distingue nada, que nada conoce, que tiene apenas la intuición de su existencia, pues siente la diferencia de temperatura entre el vientre de su madre y la habitación en que nace y llora á su manera por el dolor que esto le produce; comprende confusamente la necesidad de satisfacer á su físico por el mal estar que experimenta, y sin saber apenas lo que pide reclama con el imperioso lenguaje del gemido, único que posee, la satisfacción de su apetito; de este modo afirma su yo y esta afirmación pudiera ser para algunos el primer indicio, la primera revelación de su egoísmo ¿pero es esto así? De ningún modo; el niño no puede ser egoísta porque no distingue su bien del de los demás, y por lo tanto no puede relacionarlo á sí. «El egoísmo no es la conciencia del yo, sino la conciencia de la insuficiencia del yo sobre lo demás.» (1)

Además: hemos afirmado anteriormente que el mal no existe por sí sino como negación del bien; ¿qué sería de la humanidad si el mal tuviera existencia propia, si al lado del bien estuviese esculpido en la conciencia el mal, si el bien no fuese necesario? El niño nace virgen, puro de toda maldad, sin que haya rozado su rostro una ráfaga deletérea, sin que su vista se haya nublado á la contemplación de un crimen, sin que su corazón haya latido al empuje de una pasión; ha mirado en su interior que es lo único que conoce y en los repliegues de su conciencia ha descubierto su destino, la felicidad, á la que solo puede llegar por una senda, el bien; esto es lo único que sabe, confusamente es cierto, sin que apenas pueda darse cuenta de ello quizá porque aún no se ha acostumbrado su conciencia á pedir las, de una manera vaga pero como quiera que sea el resultado es el mismo; conoce el bien indeterminado pero ignora por completo el mal; ¿cómo, pues, ha de practicarlo en una de sus más perversas manifestaciones... el egoísmo? Afirma el yo pero es porque no lo distingue de lo exterior, y al afirmarlo se afirma él con todo lo que le rodea, volvemos, pues, al principio: el egoísmo no es innato, su origen no debe buscarse en el niño recién nacido porque éste, recientemente producido por Dios, no se ha manchado aun con su contacto.

¿Dónde, pues, nace el egoísmo? ¿Cuál es su fuente? ¿En qué terreno ha echado sus raíces? Meditemos aún.

Allí.. en aquella blanca casita cuyas paredes bordan las caprichosas hojas de una parra ha habido no há muchos días un bautizo; el bautizado debe contar algunas semanas, ha padecido una de esas enfermedades á que su edad les expone y está en la convalecencia; vamos á visitarle y quizá saquemos de esta visita alguna

enseñanza útil, algún consejo saludable, tal vez hallemos en ella la solución del problema planteado.

Ved, lectores, en esa habitación blanqueada un espectáculo tierno, sublime por su sencillez. En un modesto taburete se halla sentada una mujer que revela en el azulado cerco de sus ojos algunas noches de insomnios y de sufrimientos... es una madre; una sonrisa de felicidad entreabre á veces sus labios porque se ha salvado la joya que más quería, la alhaja que más amaba, el hijo de sus entrañas, un pedazo de su corazón; en sus rodillas hace brincar á su hijo que pugna por sonreírle, y al cual acaricia delirante colmándole de besos y de ternezas; no lejos de ella otro niño de más edad juega con una manzana que hace saltar de sus manos, volviéndola á coger con destreza, sin que una vez ruede por el suelo. ¡Qué asunto para un cuadro! ¡Qué escena más hermosa!

Pero ved, ved: el niño convaleciente que há poco se sonreía, indica con el gesto á su madre que quiere la manzana que divierte á su hermano; éste no quiere entregársela, y el niño llora: al fin la madre se apodera de la nueva manzana de la discordia y se la da á su más tierno hijo... más éste no cesa en sus sollozos, no detiene sus gemidos, no suspende su llanto, ¿qué más quiere? No tardará en decirlo con elocuente, aunque imperfecto lenguaje. La madre, ¡solo la madre comprende el idioma de sus hijos! la madre, que desde luego ha comprendido el origen de este lloro se decide al fin á calmarle satisfaciendo el deseo del que ama.

—¿Le pego?... le dice.

—Sí, contesta el pequeñuelo con la cabeza, haciendo brillar en sus ojos una chispa de placer.

—Toma, bribon, toma, pícaro, que no das la manzana al niño! dice la madre haciendo que pega al mayor de sus hijos.

—Ay! ay! ay! exclama éste fingiendo dolor como si comprendiera que solo así puede volver el placer á su hermano.

¡Cuán pronto el lloro se convierte en alegría! qué presto ha reemplazado una sonrisa al gemido! ¡miserable condición humana! aquel niño se figuraba el centro de la creación reducida entonces á aquellos tres personajes; habían violado sus derechos no satisfaciendo su capricho, y solo una pronta venganza podía devolverle la calma. Saltemos unos cuantos lustros, convirtamos á ese niño en hombre y la manzana se trocará en un Estado, su hermanito en un pueblo, los bofetones de la madre en los golpes del verdugo y los gritos del dolor fingido del niño en ayes lastimeros y horribles maldiciones! El niño será un déspota, y como antes quiso arrebatar la manzana de su legítimo poseedor, ahora querrá, valido del derecho de conquista, ocupar el primer puesto de su nación y dominar al mundo alzando su supuesta gloria sobre un monton de cadáveres.

(Se concluirá).

FERNANDO ARAUJO.

(1) Tiberghien.—Los mandamientos de la humanidad.

«LA NOCHE OSCURA DE LOS TIEMPOS.»

«La historia del Derecho se pierde en la noche oscura de los tiempos;» «la historia de Roma se pierde en las tinieblas de la tradición.» Hé aquí el principio de la historia del Derecho, de Roma, de la medicina, de la ciencia toda y de todas las determinaciones de la historia de la ciencia. ¿Por qué así? Cuestión es esta que jamás he visto planteada y mucho menos resuelta.

Todos conocen estas frases; todos saben de memoria, aun antes de abrir una historia cualquiera, su principio casi proverbial: *la historia de* (aquí el nombre del objeto) *se pierde en la noche oscura de los tiempos*; y sin embargo, todos pasan por alto este asunto sin preguntarse por qué se pierde, qué razones hay para que se pierda. Yo, al abordar esta cuestión, creo llenar un vacío lamentable, sin que por eso lleve mi pretensión al extremo de creer haber hallado la verdad, pronunciando sobre ella la primera y la última palabra.

Cosa es fuera de duda que la ciencia es hecha por el hombre; él encuentra en su conciencia, sean ó no reveladas, sean ó no producto de su cerebro (que esto poco importa) cierto número de ideas madres, de ideas primordiales y sintéticas que, aplicadas, desenvueltas, concretadas y desarrolladas despues, sirven para construir el maravilloso é inmenso edificio de la ciencia toda y de sus especiales determinaciones. Las frases *la historia de A se pierde en la noche de los tiempos*, *la historia de B desaparece en las tinieblas de la antigüedad*, se refieren y pueden refundirse en esta otra: *la historia de la humanidad se pierde en la noche oscura de los tiempos*, porque la humanidad es la que hace esta ó la otra ciencia.

Puesta la cuestión de este modo, fácil es resolver por qué la historia de A ó de B se pierden en la noche oscura de los tiempos, pues claro es que desapareciendo el autor desaparece la obra, y perdiéndose la historia de la humanidad en la noche oscura de los tiempos, en la oscura noche de los tiempos se perderá lo que el hombre hizo. Esto basta para contestar inmediatamente la pregunta con relación á la historia de una ciencia determinada. Pero el hombre, una vez excitada su curiosidad no se detiene al primer paso, sino que sigue marchando hasta hallar todo lo que busca.

¿Por qué, pues, la historia de la Humanidad, la historia de los hechos ejecutados por el hombre no ha de ser completa, abarcando, no solo el momento medio y el final, sino tambien el inicial de su movimiento progresivo? ¿Por qué ha de ser ignorada la obra primera, el primer paso, la primera luz de la humanidad? ¿Por qué el primer hombre no nos ha legado ni un recuerdo de su tránsito sobre la tierra? ¿Será acaso porque entonces no tenia inteligencia, porque carecia de ideas, que solo por el contacto con sus semejantes ha podido

adquirir? ¡Oh! no... el hombre ha sido siempre hombre. Los últimos descubrimientos de las ciencias naturales dan cumplida respuesta á estas preguntas; en la arqueología prehistórica se encuentran los datos para la resolución de este problema, *que debia ser el primer capítulo de toda historia.*

El hombre nació en un mundo de nieve; la época glaciaria habia encontrado sus huellas y las siguió, y el hombre al abrir los ojos vió en su torno el *ursus spelæus*, el *elephas antiquus*, el *rinoceros hemitachos*, fijos los piés en un mundo siberiano y los ojos puestos en el nuevo sér. ¿Qué pensó el hombre ante este espectáculo? Porque es indudable que su pensamiento jamás le abandonó. Huir y solo huir, y al paso coger entre la nieve un pedrusco, y con sobrehumana fuerza lanzarle sobre su perseguidor, y arrojarle en la nieve, y rasgarle las entrañas, y apagar su sed en su sangre, su hambre en su corazón. Contempló al oso abrigado y se vió desnudo; le arrancó la piel y se cubrió con ella. Pero esto no bastaba; la fauna de aquella edad de hielo no se componia de un individuo; los compañeros de la víctima huyeron al verla redar, pero aún acechaban su presa. El hombre encontró la caverna de la fiera, arrastró sus restos helados á su interior, y cerrando la entrada, guarecióse él mismo en ella, cerró sus ojos y durmió con sueño inquieto, arrullado por el ronco mugir de las fieras. Al despertar aún sirvióle de alimento la carne cruda de aquel animal muerto la víspera; recordó entre bocado y bocado los peligros del dia anterior, y acosado por la necesidad descubrió en un rincón de la caverna una piedra, y otra, y otra, que le revelaron todo un mundo de combates y de triunfos; dió á aquellas piedras la figura de un cuchillo, de un hacha, y así pertrechado, con la sonrisa en los labios, y la fé dentro del alma, empujó el peñasco que cubria la entrada de su cueva, y se presentó á la faz de sus enemigos; y un dia venció, y otro tambien, y cruzó la llanura helada que hoy atraviesa un mar, y dió un puntapié á la tierra que abandonaba (1) y esta se hundió trás su planta.

¿Qué pudo el hombre pensar ni hacer para que su recuerdo quedara durante el primer estado, el salvaje? Casi nada; conocer el sitio donde estaba su caverna y el lugar donde pudiera hallar la caza. ¡Oh! si el hombre primitivo hubiera tenido el tiempo de pensar, que solo sus economías le han conquistado; si le hubiera quedado una hora siquiera de descanso para dedicarla al pensamiento é inventar la escritura bajo cualquiera forma: geroglífica ó fonética, alfabética ó cuneiforme, egipcia ó china... ¡cuántos mundos quedarían abiertos

(1) Algunos naturalistas suponen que el lugar primero que sustentó la especie fué un inmenso continente que unia la Europa con la América. V. Andrew Murray: *The geographical distribution of mammals.*—Pág. 75.—Londres.—1866.

á la ciencia! cuántos errores deshechos, cuántas verdades reveladas! sabríamos á ciencia cierta si la Atlántide unió ambos hemisferios, si el Pacífico estaba relleno por un continente, si el lenguaje fué revelado, innato ó imitado de los demás animales; cuál fué su religion, cuál su arte; cómo nació el hogar, cómo la sociedad!.. Qué de vacíos llenos! qué de ciencias completadas!.. Pero no; el hombre primitivo no sabe nada, no tiene tiempo más que para defenderse, comer y dormir, y nada nos dice; debemos suponer que nada nos podía decir; mientras hablaba con nosotros perdía su comida, ó era quizá pasto de sus víctimas; dejémosle cazar... no le preguntemos.

Mas hé aquí que un calor venido de no sé dónde deshace el hielo y lo liquida; todo cambia en la faz de la tierra. El viejo coronado de canas invoca un dios desconocido y vedle convertido en el jóven Fausto de Goëte, en el desnudo y delicioso Adan robusto de Espronceda; sacude su melena blanca y ésta se evapora entre los mares y deja lugar á una cabellera juvenil llena de savia y lozanía. Parlerasavecillas le entonan suaves trinos; las plantas, mustias hasta entonces, agobiadas bajo aquel manto de nieve, abren sus corolas, y le inciensan y perfuman; la nieve en que imprimía su huella el hombre se ha trocado en inmensos arroyuelos y dilatados mares que susurran cánticos de alabanza; la tierra misma, llana hasta entonces, ha respirado con fuerza, y vomitando lava por sus costados, ha producido las montañas que le revelan nuevos panoramas y todo un mundo del arte; el hombre se ha quedado mudo de asombro y ha dejado escapar á la presa: los renos no volverán á ponerse ante su vista sino en las *stepas* de la Siberia, en la Laponia y el Kamtchatka.

Cuando el hombre ha vuelto de su estupor ha visto junto á él un animalillo, un roedor, el castor; ha observado su arte á orillas del lago Lemán, y ha visto que tambien ahora podía defenderse de sus enemigos de un modo nuevo: coge unos cuantos peñascos, los arroja al lago, rellena los vacíos con hojas, planta unas estacas, las cubre con musgo y hé ahí que ya está libre de peligros; entonces vé que tambien por otros medios que la fuerza puede proporcionarse el sustento, y amansa algunos animales, los domestica, los acaudilla, los defiende y de cazador salvaje se convierte en complaciente y pacífico pastor.

En tal estado ¿le queda todavía tiempo de pensar en que sus sucesores le pedirán un recuerdo?.. Aun no; los cuidados para elegir y cazar los animales, para educarlos, para defenderlos y defenderse él mismo absorben todo su tiempo. Dejémosle aún reposar, y no le hagamos perder de vista, con nuestras preguntas, su ganado.

Yendo un dia á apacentarle pudo observar un ave que, tendiendo el vuelo hacía la tierra, plegaba el ala junto á una humilde planta, una gramínea y deshacia

a picotazos los granos de la espiga. Otra nueva era, fecunda en resultados, le produjo esta observacion. Tambien él quiso probar aquel fruto microscópico y comprendió su utilidad. Vedle desde entonces, fijo ya en un territorio, sembrar y cultivar la tierra. Sin perder de vista su ganado, como antes no habia olvidado la caza, se ha trocado en agricultor, y la familia se agrupa en derredor de los sembrados, y crece y forma la tribu, y más tarde el Estado.

¿Puede aún decirnos algo el hombre?.. Todavía no, pero no tardará en hablar. Ahora le preocupa demasiado su cambio de situacion; pero en cuanto haya provisionado víveres, y haya economizado, notará que tiene un pensamiento, conocerá su razon y su alma y se preguntará de dónde he venido; comprenderá que sus hijos se harán la misma pregunta y hablará, errores primero, verdades despues.

Hé aquí por qué la historia de la humanidad se pierde en la noche oscura de los tiempos.

FERNANDO ARAUJO.

EL AMOR, EL PLACER Y LA GLORIA.

NOVELA ORIGINAL

DE

FERNANDO ARAUJO GOMEZ.

(Continuacion.)

—¡Casarme!

—¡Horror!

—¡Locura!... el matrimonio!

—¿Os espanta mi idea? ya lo sabia y por eso nunca os hablé de ella.

—¿Lo has pensado bien?—replicó Luis—¿Tú sabes lo que es el matrimonio? Es la muerte de todas las ilusiones, el asesinato de todas las ideas, la lucha, el suplicio, la cadena que te sujeta á la esclavitud, el infierno en esta vida; ¿qué significa el yugo de los desposados? Servidumbre, oprobio... ¡y me dices que no comprendo la vida! Yo siquiera, segun tus palabras, me entrego todo á la humanidad aunque nada quedo para mi; pero tú, sin dejarte nada, te entregas á un solo sér, á un sér que á ciencia cierta es indigno del sacrificio que le haces; yo estoy seguro de que hoy ó mañana, al alcanzar la gloria, esa humanidad, á la que me entrego, pagará mi abnegacion con sus aplausos, bendiciendo mi memoria: ¿acaso sabes tú cómo pagará la mujer á quien te entregues el sacrificio que la haces? No sabes si respetará tu memoria, porque ni aún puedes estar seguro de que respete el nombre que lleva,

—Luis—añadió Julio—te ataca por lo que pueda ser; yo te diré además lo que es; ¿has tratado muchas mujeres, Rogelio?

—Ninguna, se puede decir.

—¡Ja! ja! ja! ¿cómo has de saber entonces lo que

son? «Antes que te cases mira lo que haces»: así dice el refrán, y con mucha razón: yo pienso practicarlo tan bien, que por no casarme voy á estar toda mi vida mirando lo que hago. Escucha, Rogelio, yo soy un calavera, un tarambana, todo lo que quieras; pero en ocasiones también sé dar un buen consejo aunque te parezca mentira: no te cases jamás. Tú no sabes lo que es la mujer; yo quizá no sepa otra cosa, pero en esta materia estoy bien enterado; en derecho me he licenciado hace tres días, pero en esa otra carrera tengo la borla de doctor hace algunos años; esto me dá cierta autoridad. La mujer es un mónstruo insaciable. Se dice por algunos románticos de los de larga melena que la mujer es todo corazón, todo sentimiento, que es capaz de adorar al que la quiere, que la ternura, el cariño, la virtud adornan á la mujer ¡mentira! no lo creas, Rogelio; la mujer no tiene corazón, la mujer no tiene sentimientos, la mujer es incapaz de amar; la mujer no tiene otra cosa que deseos impuros, ansia de satisfacerlos en cuanto se la presenta la ocasión. Si la mujer tuviera la iniciativa, si la mujer se hallara en el caso del hombre nos veríamos continuamente acometidos de peticiones sin distinción ni preferencias. ¡Virtud la mujer! corazón la mujer! ¡ja! ¡ja! ¡ja! Yo he tratado con muchas mujeres; yo he penetrado desde el hogar más humilde hasta el más rico palacio. En todas partes he hallado á la mujer fácil, engañadora, fingiendo siempre lo que nunca tenía. Las he fingido amor y me han amado, al parecer con locura no negándome ni el más pequeño favor; las abandoné porque sabía lo que eran y... ¿crees que se pusieron á la muerte? Todo menos eso; tendieron otra vez sus redes y otro ocupó mi puesto, dejándose engañar ó haciendo lo que yo. Te juro que esto me ha pasado siempre. ¿Irias á dar tu nombre á una mujer sin saber si era digna de llevarlo? Y quién te lo decía? y quién te garantizaba el porvenir? ¡Cuántos infelices como tú he visto unidos en la Iglesia chispeantes de amor y juzgándose felices con una mujer que les mentía como á mí me había mentido!

—¡Calla por Dios! Tus palabras me hacen un daño horrible; van cayendo como gotas de plomo en mi corazón; parece como que te complaces en hacerme sufrir. ¿Por qué yo hablaría? ¡Adios ilusiones de mi alma! ¿Adónde volveré mis ojos que no vea flores marchitas? ¡La mujer! mi sueño dorado, mi felicidad, el ángel que acariciaba mi mente manchado en el lodo!... no! tú me has engañado, Julio; la mujer que me has pintado es una mentira, no es la mujer. ¿No será la mujer que he soñado más que un sueño? ¡Dios mío! qué pensamiento tan horrible!

—¡Cálmate, Rogelio! mi intención era buena; no conocías á la mujer...

—¡Quién no la conoce eres tú! Tú no conoces sino á la mujer cortesana, la que vende sus favores ó los

mendiga, pero esa no es toda la mujer; no busques á la mujer en la corte, centro de corrupción y de inmoralidad, no la busques en los teatros, no la busques en el bullicio de los salones; entonces no encontrarás sino la mujer que me has descrito, deshonra de su sexo. Busca la mujer en los pueblos, en las cabañas, búscala en el hogar doméstico, búscala al lado de su madre y entonces encontrarás la verdadera mujer, el ángel del hogar, la ventura de la casa, el consuelo de la familia, el alma de su esposo; entonces encontrarás que la mujer es todo corazón, todo pureza, todo sentimiento, todo alma. ¡Mujer! flor perfumada del camino de la vida no eres indigna, no de que te se adore. ¡Mujer! rocío celeste, bálsamo consolador de nuestras penas. ¡Mujer! Augusta compañera dada al hombre por la mano de Dios ¡yo te adoro y te bendigo!

—¡Pobre poeta!

—Dejarle sus ilusiones, pues es lo único que le puede hacer feliz.

Así hablaban en el café del Suizo en Salamanca, tres jóvenes, licenciados hacia tres días en sus diversas carreras, formando planes sobre el porvenir. Poco después de esta conversación, despidiéndose afectuosamente se retiraron cada cual á su domicilio á soñar de su destino.

(Se continuará.)

EL AMOR.

POESIA DEDICADA A LA SEÑORITA F. G.

Sentir el infinito, morir loco de dicha,
Sentir sed insaciable y siempre desear;
Dudar por nada siempre, creyendo siempre en todo,
Desesperar por nada y en todo confiar;

La fé más grande y ciega envuelta en desconfianza
La luz entre las sombras, las sombras en la luz;
El fuego entre la nieve, la mezcla indefinible
De hiel y dulce acibar, el diablo con la Cruz;

Un sufrimiento eterno en un gozo infinito,
Vivir estando muerto, y tras vivir... morir;
El cielo en el infierno, gozo, pesar, ventura,
Dolor, dicha, tristeza, placer en el sufrir;

Un alma que se sale en busca de otra alma,
La mente persiguiendo fantástica ilusión,
Soñar en pleno día, alzar templo bendito
Al sér que se idolatra, en nuestro corazón;

Luchar con lo imposible, vencer lo insuperable,
De un solo instante haciendo toda una eternidad,
Guardar en nuestro pecho que es átomo finito
Lo grande, lo infinito, la luz, la inmensidad;

De una mujer un ángel hacer en nuestros sueños,
Del ángel lo infinito, de lo infinito Dios;
Rendir culto á una idea que llena toda el alma,
Que niega que otra alguna ni antes vaya ni en pos;

La locura, el delirio en una mente sana,
El frenesí en la calma, el gozo en el dolor;
Lo grande, lo infinito, lo inmenso é incomprensible,
Lo *sublime*... todo esto se encierra en el Amor.

¡Oh Amor! que de mi vida has hecho un Paraíso
Trocando la desgracia en plácida ilusión...
¡Oh Amor!... á quien yo debo el hálito que exhalo,
Amor... ¡bendito seas! te canta el corazón.

Y tú, mujer divina, de mi ventura el ángel,
Tú, el sueño más querido que siempre acaricié...
¡Bendita sé mil veces! alma del alma mía...
¡Bendita! mi adorada... ¡oh! sí... ¡bendita sé!

FERNANDO ARAUJO.

EL LLANTO.

Lloras, niña encantadora,
la inconstancia de tu amor...
¡ay! no es grande tu dolor,
que al fin descansa quien llora.
Si de mis ojos ahora
pudiera el llanto brotar
no sería mi pesar
inaccesible al consuelo.
¡A mí me ha negado el cielo
hasta el placer de llorar!

T. RODRIGUEZ DE LA TORRE.

EPIGRAMA.

—¿Conque antes quieres tronar
que darme un beso? Pues bien;
tronemos, á mi pesar;
más volvámonos también
nuestras cosas sin tardar.

—Tu retrato tengo aquí
y tus papeles ilesos;
tómalos pues. ¿Hay más?

—Sí.

Vuélveme cincuenta besos
que en ese tiempo te dí.

T. RODRIGUEZ DE LA TORRE.

PENSAMIENTOS.

Un beso es la encarnación de un cariño, ó la tumba de una ilusión.

Los recuerdos son rosas marchitas, que guardamos
entre las hojas del libro de la vida.

La mujer es la palabra más sublime del libro de la
creación.

No hay dolor más grande que el que se calla; penas
más crueles que las que no se lloran.

El mundo es la gigante lira que entona á Dios su
cancion.

Jorje Sand dijo: «El amor es una felicidad.» Yo digo
que es una miscelánea en que predomina el dolor.

Si se odia el vicio, el odio será virtud.

Si alguno predicara contra el amor, tendría que re-
petir con un músico griego: ¡Templos, escuchadme!

MATIAS PASTOR.

VARIEDADES.

SOLUCION A LA CHARADA ANTERIOR.

Pe la letra, re la nota,
nombre y apellido Gil;
une las tres en un todo
y verás que es *peregil*.

SOLUCION A LAS SEMEJANZAS.

- 1.^a En la carrera. 2.^a En las faldas. 3.^a En la reja.
4.^a En que le cantan. 5.^a En la cresta. 6.^a En el sol.
7.^a En las barbas. 8.^a En las hojas.

FUGA DE VOCALES.

D.l d.l.r t.d. .l r.g.r
m..r. c.n l. m..rt. f..rt.
l.g. l. m..rt. .s m.j.r
p.rq.. .l d.l.r d. l. m..rt.
.s l. m..rt. d.l d.l.r

FR.NC.SC. D. L. T.RR.

UNAS PREGUNTAS SUELTAS.

- 1.^a ¿Qué se necesita para matar una oveja?
2.^a ¿Cuál es la hoja que más daño hace al buey?
3.^a ¿Qué hace el hombre al salir el sol?
4.^a ¿Dónde puso Dios la mano al hombre cuando
le crió?

ADVERTENCIA.

Suplicamos á los que quieran honrarnos con su sus-
cripción que envíen su importe á la mayor brevedad, ó
devuelvan los números recibidos en caso contrario. A
falta de aviso se dejará de remitir la revista desde este
número. *

SALAMANCA:

Imprenta de Cerezo, Isla de la Rúa, núm. 4.
1876.